

## Mujeres notables de la Biblia

Son muchas las mujeres nobles, importantes y sabias que menciona la Biblia. Leemos acerca de la sabiduría y virtudes de Abigail, en contraste con las despreciables e innobles acciones de su esposo Nabal (1 Samuel 25.2–42). David la elogia cuando dice: “Bendito sea Jehová Dios de Israel, que te envió para que hoy me encontrases. Y bendito sea tu razonamiento, y bendita tú, que me has estorbado hoy de ir a derramar sangre, y a vengarme por mi propia mano” (vers.<sup>os</sup> 32–33). Las Escrituras también describen la pureza inocente de Tamar y la egoísta lujuria de su hermano Amnón (2 Samuel 13.1–19). ¿De qué mejor modo podría mostrarse el contraste entre una buena e inteligente mujer y un insensato e impío hombre?

Cuando Joab tuvo necesidad de que alguien fuera a interceder delante del rey David, por Absalón, él no escogió a un hombre, sino a una sabia mujer de Tecoa (2 Samuel 14.1–20). Del mismo modo, Betsabé fue enviada por Natán a interceder por Salomón (1 Reyes 1.11–31).

La influencia de las mujeres de la Biblia tuvo buenos y malos resultados. Josaba mostró valentía cuando ocultó a Joás, quien era de ascendencia real, de la malvada Atalía, la cual procuraba matar a todos los herederos potenciales que pusieran en peligro el reinado de ella desde el trono. Josaba ocultó a su hijo y a la ama de éste, en la cámara de dormir, hasta que él tuvo edad suficiente para reinar en Judá (2 Reyes 11.1–3). Dios usó a la reina Ester, una mujer de belleza y fortaleza, para librar a su pueblo de la extinción tramada por el malvado Amán (Ester 4–8).

La caída de Sansón se debió a una mujer (Jueces 14–16). Salomón fue afectado adversamente por las mujeres (1 Reyes 11.1–4). David fue tentado por el hermoso cuerpo de Betsabé a codiciarla, a cometer adulterio y homicidio (2 Samuel 11.2–27). Jezabel contribuyó a la ruina de Acab (1 Reyes 21.1–26).

Una mujer anónima les salvó la vida a los espías que David envió a Jerusalén (2 Samuel 17.17–21). Otra sabia, pero también anónima, mujer, evitó que Joab destruyera una ciudad, cuando ella persuadió a los habitantes a cortarle la cabeza a Seba y arrojársela por el muro a Joab (2 Samuel 20.16–22). Así, ella ayudó a acabar con una rebelión en contra de David.

Muchas mujeres han sido grandes siervas de Dios sirviéndoles a los demás. Una mujer

alimentó a Elías (1 Reyes 17.9–15). Una mujer prominente le proporcionó alimentos y alojamiento a Eliseo (2 Reyes 4.8–10). De sus propios recursos, varias mujeres sirvieron a las necesidades de Jesús y de los apóstoles (Lucas 8.1–3; Mateo 27.55; Marcos 15.41); entre ellas estaban Marta y María (Lucas 10.38–41; Juan 12.2). Una samaritana anónima recibió una gran lección sobre la verdadera adoración, junto al pozo de Jacob, y trajo toda una ciudad a oír a Jesús (Juan 4.21–42). Una mujer ungió a Jesús antes de la muerte de éste (Mateo 26.7–13). Durante la crucifixión de Jesús, (Juan 19.25; Lucas 23.49), varias mujeres —incluyendo a su madre— permanecieron valientemente a su lado, mientras que los seguidores varones de Él, lo abandonaron. Aun sus apóstoles escogidos huyeron temiendo por sus vidas cuando la turba armada prendió a Jesús (Mateo 26.56).

Nobles mujeres, llenas de virtud y dedicación, como las que se acaban de mencionar, son descritas en Proverbios 31.10–31. Mujeres de tal carácter se destacaron como grandes siervas de Dios. Hallaron la grandeza en el servicio, no en el señorío. A través del servicio, ellas descollaron por encima de gobernantes, reyes, gobernadores y príncipes. Deben ser contadas entre los que son grandes en el reino de los cielos (Mateo 20.25–28), habiéndose elevado para ocupar un sitio junto a Juan el Bautista (Mateo 11.11), y habiendo alcanzado, en cierta medida, la semejanza de Jesús (Mateo 20.28).

Si tanto las mujeres como los hombres percibieran el tenor de las enseñanzas de Jesús, ellos podrían darse cuenta de que el ser siervo equivale en realidad a subir, no a bajar, un escalón por encima de la posición de amo. La meta de todos debe ser vivir como siervos útiles. Aunque ante los ojos de algunos, las mujeres de la Biblia pueden no parecer tan grandes como los gobernantes y líderes descritos en la Biblia, la grandeza de ellas se puede ver en los resultados de sus buenas obras. Que el Señor nos dé muchas más de tales grandes mujeres.

María, la madre de Jesús, es un ejemplo de una gran mujer. Ella estuvo dispuesta a entregarse a sí misma al servicio humilde a Dios. Cuando un ángel le anunció a María que el cuerpo de ella llegaría a ser el recipiente, a través del cual el Cristo vendría, ella modestamente respondió: “He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra” (Lucas 1.38).

Durante su niñez, Jesús obedeció a esta mujer, su madre: Estuvo sujeto a María, y también a José. "Y descendió con ellos, y volvió a Nazaret, y estaba sujeto a ellos" (Lucas 2.51). Su sujeción a ellos no se debió a que su capacidad de discernimiento, ni a que sus habilidades, ni a que ninguna otra capacidad de Él, fueran inferiores a las de ellos. Su sujeción a ellos se debió a la posición de autoridad que ellos tenían sobre Él como madre y padre suyos. La sumisión no significa inferioridad.

Cerca de dieciocho años después, Él asumió su posición de autoridad y adoptó el papel de líder con la venia de su madre. En un banquete de bodas en Caná, María le informó a Jesús que los anfitriones no tenían vino. Él le contestó: "¿Qué tienes conmigo, mujer? Aún no ha venido mi hora" (Juan 2.4).

Luego ella le encargó la solución al problema a Jesús, cuando les dijo a los que servían: "Haced todo lo que os dijere" (Juan 2.5). A partir de ese momento, Jesús retuvo su posición de autoridad en la relación de Él con su madre.

Aunque debemos tomar en cuenta que María fue una gran sierva del Señor, no debemos perder de vista que, aunque nuestro Salvador entró en el mundo a través del cuerpo de ella, el cuerpo de una mujer (Gálatas 4.4), Él tomó el cuerpo de un hombre. Dios no es un hombre, pero eligió el cuerpo de un hombre, el cuerpo de Jesús, para darse a conocer a sí mismo a todos los pueblos de la tierra (Juan 1.18), y para proporcionar un sacrificio por todos los pecados del mundo (Hebreos 10.5, 10). ■

Autor : Owen Olbricht  
Serie : "La mujer cristiana"  
©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY  
Todos los derechos reservados